

## ROSAS, LA HISTORIA Y LOS USOS DE LA HISTORIA. A PROPÓSITO DEL DÍA DE LA SOBERANÍA

Jorge Gelman

Jorge Gelman es historiador, Investigador Superior del CONICET en el Instituto Ravignani, que actualmente dirige, y Profesor Titular de Historia Argentina I en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

La historia ha sido y sigue siendo una herramienta poderosa en las disputas políticas del presente. Y el tema que nos convoca, la batalla de la Vuelta de Obligado, la figura de Rosas y la proclamación del Día de La Soberanía en conmemoración de esa batalla, decretada por el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner el 3 de Noviembre de 2010, es un muy buen ejemplo de ello. Baste decir que hace apenas semanas una medida aparentemente banal, pero con fuerte carga simbólica, tomada por el gobierno de Mauricio Macri fue reemplazar con la figura de un guanaco el diseño del billete de 20 pesos, que incluía hasta entonces la imagen de Juan Manuel de Rosas de un lado y una alusiva a la batalla de la Vuelta de Obligado del otro. Así, si el gobierno anterior buscaba fundar en una serie de acontecimientos y personajes históricos un linaje que consideraba propio de defensa de los intereses nacionales, el actual gobierno busca desandar parte de ese camino restaurando, bajo el amparo de un discurso apolítico, ciertas tradiciones que parecían relegadas al cajón de los malos recuerdos, como la llamada Campaña al Desierto del general Roca, defendida públicamente por algunos de sus altos funcionarios.

Estas batallas por la historia tienen una larga tradición en nuestro recorrido histórico y en nuestra Facultad tenemos algunos de los que mejor han estudiado ese fenómeno en el largo plazo.

La reivindicación de la figura de Rosas tuvo un momento clave con la constitución del llamado revisionismo histórico que desde finales de los años 1920 y sobre todo desde los 30' buscaba contraponer una tradición 'nacional' a la liberal que reivindicaban quienes habían dirigido los destinos del país desde su misma constitución luego de la caída de Rosas. Y en esta línea que se buscaba fundar, la batalla de la Vuelta de Obligado contra el imperialismo inglés y francés parecía una joya difícil de refutar. En 1934 ya estos grupos rememoraron la batalla en medio de una campaña por el retorno de los restos de Rosas desde Inglaterra que, como sabemos, se va a concretar recién durante el primer mandato de Carlos Menem en 1989<sup>1</sup>.

La asociación del gobierno de Perón con el de Rosas, operación consumada luego de la caída de su gobierno en 1955, le aseguró a esta disputa una gran perdurabilidad en las batallas culturales argentinas, inclusive hasta hoy como acabamos de reseñar al inicio de esta nota.

---

<sup>1</sup>Véase el análisis de este grupo, de la campaña por el retorno de los restos de Rosas y del papel de este acontecimiento en A. Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Nudos de la Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.

Pero volvamos un poco sobre el tema objeto de disputa, el gobierno de Rosas y la batalla de Vuelta de Obligado, para tratar de entender un poco de qué se trata.

Como se puede leer en diversos manuales de historia argentina o en internet (por qué no en Wikipedia!), el 20 de Noviembre de 1845 en la costa norte de la provincia de Buenos Aires, en el paraje de Vuelta de Obligado en San Pedro, se produce una batalla naval (y en parte terrestre) que enfrentó a una importante flota de las dos principales potencias europeas del momento, Inglaterra y Francia, contra un relativamente modesto destacamento ‘argentino’ comandado por el general Lucio N. Mansilla, cuñado del poderoso gobernador de Buenos Aires, quien intentó impedir que esa flota subiera río arriba, cortándole el paso con una línea de embarcaciones encadenadas y disparando desde la costa con una humilde artillería. El combate se dio así en el río y en tierra, donde, pese a una decidida actuación, las tropas de la Confederación fueron finalmente vencidas y la flota anglo-francesa pudo seguir río arriba en una misión político-comercial, que sobre todo buscaba abrir los ríos a su comercio y eliminar el control que ejercía Rosas sobre la navegación en la zona.

Este acontecimiento, así como la lucha que llevó a cabo el gobierno de Rosas contra el bloqueo que ambas naciones europeas establecieron sobre el puerto de Buenos Aires entre ese año y 1847-48, fueron destacados por la prensa porteña, y recogidos por buena parte de la opinión latinoamericana y aún europea como una gesta de defensa de la soberanía por una modesta nación ante las mayores potencias, al punto de despertar la admiración de muchos. Es conocido el apoyo que en esos momentos brindó San Martín a Rosas desde su residencia francesa (a quien terminaría legando su sable), pero vale la pena referir la historia de un militar hasta entonces unitario, el coronel Martiniano Chilavert, quien, conmovido por la agresión extranjera y por la tenaz defensa de los ejércitos rosistas, se une a sus filas, adonde seguirá hasta el final de su gobierno en 1852, cuando muere fusilado por esa misma razón, luego de haber participado de la batalla de Caseros.

Entonces, ¿Rosas antiimperialista? Y ¿la Vuelta de Obligado una gesta en esa lucha nacional argentina?

Se trata de algo bastante más difícil de afirmar.

Si hay algo que es bastante claro y simple es la vocación de Inglaterra y de Francia de abrir los mercados de todo el mundo a su penetración comercial. Esta última ya había bloqueado el puerto de Buenos Aires con un argumento pueril entre 1838 y 1840, buscando obtener los mismos privilegios que Inglaterra y los residentes ingleses de Buenos Aires ya habían obtenido con un tratado en 1825. Y ambas naciones buscan imponer la libre navegación de los ríos, de manera de poder penetrar sin intermediarios en los mercados más interiores, como en este caso en el Paraguay o en el litoral argentino. A ello se suma por estos años el conflicto en el Uruguay, proclamado como República independiente en 1828, pero sobre cuyo derrotero político Rosas no deja de intervenir, contando además con el apoyo del expresidente oriental Manuel Oribe quien mantiene sus pretensiones en contra de Fructuoso Rivera, que lo había desalojado del poder un tiempo atrás. Tropas comandadas por Oribe, pero sostenidas con el apoyo en hombres y recursos por Rosas y el líder entrerriano Urquiza, establecen desde 1843 un bloqueo terrestre a la ciudad

de Montevideo, donde se recluye el sector liderado por Rivera con el apoyo de enemigos diversos de Rosas, los franceses y ahora también de Inglaterra, que mira con aprensión la posibilidad de que Montevideo caiga en manos de Oribe y eventualmente pase a formar parte de la Confederación rosista. De esta manera, cuando en 1845 Montevideo parece a punto de caer, la flota franco-inglesa inicia el bloqueo al puerto de Buenos Aires y unos meses después lanza su incursión por el río Paraná.

Sin embargo el carácter nacional y antiimperialista del gobierno de Rosas es mucho más discutible. Para empezar, como bien sabemos hoy, no existía la nación argentina para esos años. Había apenas una confederación, conformada progresivamente desde 1831 con el inicio del Pacto Federal, que preservaba la mayor parte de los atributos de soberanía a cada uno de los estados provinciales que la conformaban, atribuyendo al de Buenos Aires la dirección de las relaciones exteriores. Pero el propio Rosas se negó sistemáticamente a establecer esa u otra forma de gobierno de manera constitucional, por diversas razones que incluían evitar ceder algo del poder que iba ganando poco a poco sobre el conjunto del territorio de la Confederación y para no tener que compartir los recursos de la aduana de Buenos Aires, que era la única fuente de ingresos fiscales de entidad. Justamente el control que Buenos Aires y su aduana ejercían sobre el comercio que toda la Confederación realizaba por el atlántico, estaba en el centro de la disputa que se expresó de alguna manera en la batalla de Vuelta de Obligado. El Paraguay -sobre el que pese a su voluntad en mantenerse autónomo de Buenos Aires desde 1811, reforzada con un acta formal de Independencia en 1842, Rosas insiste en no reconocer como tal- quería comerciar libremente con las naciones europeas sin la intermediación porteña, pero lo mismo sucedía con Corrientes, provincia que se venía enfrentando con Buenos Aires de manera intermitente, entre otras cosas por sus políticas comerciales y fiscales.

Pero además, el gobierno de Juan Manuel de Rosas, como los que le precedieron (y los que le siguieron!), tuvo excelentes relaciones con Europa y especialmente con la reina de los mares, Inglaterra, nación que dominaba por entonces el comercio internacional y que contaba en Buenos Aires con un representante diplomático y con una poderosa comunidad mercantil, con quienes el Restaurador de las Leyes tuvo relaciones muy estrechas. Obviamente esta cercanía tenía algunos límites, y uno de ellos estaba en que esas potencias intentaran restringir el control que el gobierno de Rosas ejercía sobre el espacio interior de la Confederación. Pero este enfrentamiento de mediados de los años 40' no alteró ese vínculo que podríamos definir como estructural y la propia comunidad mercantil inglesa de Buenos Aires jugó un papel destacado para restablecer las buenas relaciones entre las partes pocos años después. Como es sabido, cuando su gobierno cae en 1852, de la mano de un ejército comandado por Urquiza y apoyado por orientales y por el Imperio de Brasil, Rosas se oculta en la casa del representante diplomático británico en Buenos Aires hasta que consigue salir, disfrazado y acompañado por el mismo, hasta la nave inglesa que lo conducirá hacia las playas de Plymouth, donde es recibido con salvos en homenaje a un gobernante que había mantenido excelentes relaciones con Inglaterra y había asegurado la prosperidad de su comercio en la región asociado al crecimiento agroexportador de Buenos Aires.

*Noviembre de 2017*